

equipar algunos regimientos seguros, compuestos exclusivamente de hombres que no pertenecieran á la nacionalidad italiana, y con estos regimientos el duque habría podido recobrar su ducado. Al retar á aquel príncipe, Farini no dejaba de proceder con temeridad, porque Francisco V estaba muy cerca de la frontera aguardando con impaciencia la ocasión de volver á sus Estados y contando con el auxilio de Austria, pero Austria no se lo prestó.

El emperador Francisco José creía tal vez que las tropas francesas dejadas en Lombardía se opondrían á toda restauración. Sin embargo, no era cierto que Napoleón III, que se había vuelto muy pacífico, se expusiera á comenzar otra vez la guerra por sostener la dictadura de Farini. Viendo éste que podía continuar tranquilamente su obra, convocó en Módena una asamblea que el 19 de agosto aprobó por unanimidad la destitución del duque y la anexión del ducado á Cerdeña.

Napoleón III no deseaba en modo alguno la restauración de Francisco V, pero recomendaba que subsistiera la autonomía modenense. Tratóse por un momento de anexionar los Estados del duque de Parma á Cerdeña y dar como compensación al joven soberano el ducado de Módena; pero semejante arreglo tenía pocas probabilidades de éxito. Austria debía pensar en efecto que nada sería más contrario á sus principios legitimistas que semejante sustitución. Al aceptarla la duquesa regente para su hijo, ¿no se habría hecho solidaria de las usurpaciones piemontesas, y no habría colocado el derecho revolucionario sobre el derecho divino? Si la duquesa de Parma era hermana del conde de Chambord, tampoco podía olvidar que este príncipe era cuñado del duque de Módena: recordaba también todos los favores que su madre la duquesa de Berry había recibido de Francisco IV, padre del duque. La combinación no podía dar buen resultado, por lo cual se desistió de ella, y Farini, más y más audaz, no encontró obstáculos en su camino.

## LXIX

## LAS ROMAÑAS

Dase el nombre de Romañas á los territorios que componían las seis Legaciones en los Estados de la iglesia: Velletri, Urbino y Pésaro, Forli, Bolonia, Rávena y Ferrara. Cuando estalló la guerra de Italia, Roma tenía guarnición francesa y las Romañas la tenían austriaca. Los Estados de la Iglesia eran un terreno neutral, en donde los ejércitos austriaco, francés y piemontés no debían combatir. Mientras duró la guerra, no ocurrió en la Ciudad Eterna ningún disturbio, ni hubo ninguna manifestación. Manteníase allí el orden á la sombra de la bandera de Francia, y Pío IX no tenía absolutamente nada que temer. Las Romañas habrían permanecido también tranquilas, si los austriacos hubieran seguido ocupándolas, como tenían el derecho y el poder.

Se ha acusado mucho á Napoleón III de haber sido el autor de la anexión de las Romañas al reino de Víctor Manuel. No cabe negar que contribuyó mucho á ello; pero creemos que más contribuyó tal vez el emperador de Austria. Haciendo que sus tropas evacuaran las seis Legaciones en los días 11 y 12 de junio, dejó el campo libre á la revolución y él mismo puso término á la influencia austriaca, no sólo en los Estados de la Iglesia, sino también en toda la Italia central. Era en efecto evidente que si el Papa perdía las Romañas, el gran duque de Toscana y los duques de Parma y Módena quedarían destituidos.

Tan luego como las tropas austriacas evacuaron á Bolonia, se arrancaron los escudos pontificios, y una junta en la que figuraba el marqués Joaquín Pépoli, nieto del rey Murat y primo de Napoleón III, proclamó la dictadura de Víctor Manuel. Imola, Forli, Faenza, Ferrara y Rávena siguieron el ejemplo de Bolonia, y el Papa perdió todas las Romañas, que no volvería á recobrar.

Víctor Manuel no se atrevió desde luego á asumir la dictadura; contentóse, pues, con tomar un sesgo y nombrar comisario al marqués de Azeglio, el que en 1845 había publicado el célebre folleto *I Casi delle Romagne*. Después de los preliminares de Villafranca el rey se creyó obligado á llamarlo; pero este llamamiento era una aňagaza. Azeglio, en lugar de concentrar sus tropas para la evacuación, como se lo prescribían sus instrucciones, las distribuyó en las antiguas guarniciones austriacas, puso una numerosa en Bolonia y en seguida delegó sus poderes en su jefe de Estado mayor, el coronel Falicón, que gobernó en su sustitución. De regreso en Turín dijo al rey: «Señor, he desobedecido á

V. M.: hágame juzgar por un consejo de guerra.» Y Víctor Manuel le contestó: «Habéis obrado bien.» A pesar de las recomendaciones en contrario de Napoleón III, las tropas piamontesas continuaron en Bolonia, y el ministro de Hacienda sardo envió secretamente cuantiosos subsidios á las autoridades romañolas para que pudieran atender á los servicios públicos, auxilio que, negado primeramente, tuvo en seguida gran publicidad.

Los emperadores de Austria y Francia habían declarado que el Papa sería presidente honorario de la Confederación italiana, y todos se preguntaban cuál podría ser el resultado práctico de tal combinación. Cabe pensar que si la cátedra del Espíritu Santo hubiera estado ocupada entonces por un diplomático tan hábil como León XIII, poniéndose francamente la Santa Sede á la cabeza de la Confederación, habría podido tal vez dominar las dificultades políticas y salvar enteramente su poder temporal. Pero Pío IX, disgustado de las ideas liberales por la cruel prueba que de ellas había hecho, consideró como un lazo el título de presidente honorario de una Confederación italiana y no hizo nada por secundar las miras de Napoleón. En Roma dominaban influencias contrarias á Francia y más especialmente al emperador, haciendo imposible todo acuerdo, con gran desesperación de una católica tan ferviente como la emperatriz Eugenia.

Pío IX estaba enojado con Napoleón III por haber pedido á Francisco José cuando la entrevista de Villafranca, que las Legaciones fuesen separadas administrativamente de los Estados de la Iglesia. También lo estaba por haber dado á la presidencia de la Confederación italiana el título de honoraria, cuya supresión hubiera deseado Francisco José, y suponía que este título no era más que una lisonjera apariencia, la cual ocultaba dañados propósitos.

Puede afirmarse, sin embargo, que Napoleón III, hostil á la unidad italiana, deseaba en principio el mantenimiento del poder temporal; mas, por otra parte, estaba persuadido de que Pío IX no podría conservar las Romañas sino secularizando su gobierno.

El conde de Sainte-Aulaire, embajador del rey Luis Felipe en Roma, había juzgado del modo siguiente la situación de estos territorios en un despacho del 6 de marzo de 1831: «Por espacio de unos veinte años las Legaciones sustraídas á la autoridad pontificia, quedaron sometidas á un gobierno fundado sobre las grandes bases de la civilización moderna. El congreso de Viena las volvió á poner bajo la dominación romana. Una política ilustrada habría tenido en cuenta la situación en que se habían encontrado durante un lapso de tiempo tan considerable, y procediendo con cordura, las habría otorgado instituciones todo lo parecidas posible á las que acababan de perder. Pero lejos de esto, ni siquiera se les devolvieron los privilegios de que habían disfrutado hasta 1797. En 1828, el gobierno francés, en las instrucciones dadas á M. de Chateaubriand, indicaba ya en términos enérgicos los peligros de tan funesto sistema.»

La cuestión de las Romañas tenía en situación embarazosa á Napoleón III

á causa de los antecedentes de su juventud. Sin haber estado literalmente afiliado á la secta de los carbonarios, había participado en 1831 de las pasiones de los patriotas italianos y asociándose á la insurrección de las Romañas. Pero podía decir que aun entonces lo que había querido no era la supresión del poder de los papas, sino la secularización de su gobierno. Su objetivo era un papado reformador y antiaustriaco puesto al frente de las ideas de emancipación. Tal había sido también el ideal de su madre la reina Hortensia que en 1831 escribía: «Si el Papa fuese capaz de hacer concesiones oportunas, mañana sería el jefe de toda Italia, y quizás dictaría aún leyes á toda Europa y devolvería á la religión, aliada con la libertad, el esplendor que tuvo en otro tiempo.»

Napoleón III acariciaba aún este ensueño cuando en 1859 procuraba poner la Confederación italiana, por decirlo así, bajo la advocación del papa; pero esto no pasaba de ser una quimera, y Pío IX se negaba á secularizar sus Estados.

Por otra parte, el emperador no modificaba las ideas expresadas por él el 18 de agosto de 1849 cuando escribía á su oficial de órdenes, el teniente coronel Edgardo Ney, que formaba parte de la expedición de Roma: «La República francesa no ha enviado un ejército á Roma para ahogar la libertad italiana, sino al contrario para regularla, preservándola de sus propios excesos, y para darle una base sólida poniendo en el trono pontificio al príncipe que fué el primero en colocarse resueltamente al frente de todas las reformas útiles... Resumo de este modo el restablecimiento del poder temporal del papa: Amnistía general. Secularización de la administración. Código Napoleón y gobierno liberal.» Esta célebre carta terminaba así: «Cuando nuestros ejércitos recorrieron toda la Europa, dejaron en todas partes como huellas de su paso la extirpación de los abusos del feudalismo y los gérmenes de la libertad; no se dirá que en 1849 un ejército francés ha obrado en otro sentido y producido resultados contrarios.» Diez años después, el emperador tenía el mismo programa que el presidente de la República francesa.

La divergencia de miras que había entre Pío IX y Napoleón III no podía menos de favorecer la marcha de la revolución en las Romañas. El acto principal del coronel Falicón fué poner allí en vigor el Código Napoleón. Después de emitir un empréstito nacional de seis millones de liras y de crear un Tribunal de cuentas, se retiró el 1.º de agosto, y fué nombrado gobernador general un hombre que pasaba por ser bienquisto del emperador, el Sr. Cipriani, el cual estableció la igualdad de cultos y de derechos civiles y políticos. El 6 de agosto hubo elecciones y el 1.º de septiembre se reunió la asamblea. Entre ciento veinticuatro diputados de que se componía había dos príncipes, siete marqueses, treinta condes, tres caballeros, veintisiete médicos, diez y siete abogados, doce profesores, tres militares, y los demás propietarios ó comerciantes; la aristocracia constituía, pues, la mitad de esta asamblea, á pesar de lo cual no dejó de aprobar por ciento veintiún votos la destitución del gobierno de la Santa Sede y la anexión de las Romañas á Cerdeña.

Se deseaba saber con ansiedad si el rey Víctor Manuel se atrevería á aceptar esta anexión. El 15 de septiembre las comisiones de Parma y Módena le presentaron el acta de las votaciones anexionistas de las asambleas de ambos ducados. El conde de San Vitali presidía la comisión parmesana, en la cual figuraba el célebre compositor Verdi. El consejero Muratori presidía los enviados de Módena. La contestación del rey á ambas comisiones causó poca sensación, porque apenas difería de la que había dado á la toscana. Pero se aguardaba con impaciencia la que iba á dar á los romañoles. «Agradezco mucho, dijo, los deseos que han formulado los pueblos de las Romañas y de los cuales sois intérpretes. Como príncipe católico, conservaré siempre el más profundo y más inalterable respeto á la suprema jerarquía de la Iglesia. Como príncipe italiano, debo recordar que Europa, considerando que la condición en que se encuentran las Romañas exige medidas prontas y eficaces, ha contraído con vuestro país obligaciones formales. Acepto esos votos, y fundado en los derechos que se me confieren, sostendré vuestra causa ante las grandes potencias. Confíad en su justicia, confiad en el generoso patriotismo del emperador, que llevará á cabo la grande obra de reparación que ha comenzado tan poderosamente, obra que le asegura la gratitud de Italia.... Europa reconocerá que tiene el deber y un interés común en evitar todo desorden, satisfaciendo los deseos legítimos de los pueblos.» Así pues, Víctor Manuel reconocía que en último resultado incumbía á Europa dirimir la cuestión.

Dos días después el príncipe de La Tour d'Auvergne escribía al conde Walewski: «La comisión de las Romañas, teniendo sin duda en cuenta los consejos del general Dabormida, ha renunciado á aceptar la invitación que le ha hecho el ayuntamiento de Turín para visitar esta capital antes de regresar á Bolonia. Parece que también ha renunciado al proyecto de pasar á Francia con objeto de presentar al emperador la decisión de la asamblea bolonesa, limitándose á enviarle una persona que le sometiera de un modo puramente particular el resultado de las deliberaciones de dicha asamblea. El general Dabormida se ha felicitado conmigo por haber logrado disuadir á los enviados de las Romañas de dar un paso que sería de gran resonancia y que, en las circunstancias actuales, no habría dejado de dar lugar á enojosas interpretaciones.»

Víctor Manuel y Napoleón presentían ya las dificultades de toda clase que les suscitaría la cuestión romana. No ignoraban cuán difíciles, si no imposibles de resolver, serían los problemas que esta cuestión, ardua cual ninguna, había de suscitar desde los puntos de vista religioso, político y social. Las controversias y las pasiones que engendró debían ser para ambos monarcas motivo de preocupación y de tristeza. Durante su reinado no pasó una sola hora en que los asuntos de Roma no produjeran en los intereses y en las conciencias una perturbación que, al cabo de cuarenta años, dura todavía.

## LXX

## SAN SALVADOR

Napoleón III no se dejaba alucinar por las lisonjas de sus cortesanos. Las ovaciones prodigadas á él y á sus tropas no le habían hecho olvidar todo lo horroroso que tiene la guerra aun para los vencedores, ni los problemas casi insolubles que los sucesos acababan de plantear. Sus sentimientos humanitarios le habían inspirado más de una reflexión dolorosa. Presentábanse aún á su imaginación las escenas de horrible matanza que había presenciado y empezaba á dudar del agradecimiento de Italia. La lasitud moral era en él mayor que el cansancio físico. Necesitaba reposo, recogimiento, y quería meditar tranquilamente sobre las arduas cuestiones que la Providencia le encargaba estudiar. Pensó que el aire de las montañas sería bueno, no sólo para él, sino para la emperatriz, que también acababa de experimentar muchas emociones, y resolvió pasar algunas semanas en los Pirineos, primero en San Salvador y luego en Biarritz.

El emperador partió de Saint-Cloud con su esposa y su hijo el 17 de agosto, acompañados de escasa comitiva.

San Salvador es una aldea de los Altos Pirineos, compuesta de una sola calle que sube por la vertiente del Som de Laze, por cima de la garganta en que arrastra sus turbulentas aguas el torrente de Gavarnie. Los soberanos vivían allí como simples particulares, disfrutando de las bellezas de la naturaleza y haciendo todos los días excursiones por las cercanías. El domingo 28 de agosto, el pueblo de Luz, que cuenta mil quinientos habitantes y del que depende San Salvador, estaba de fiesta. SS. MM. se habían trasladado á él para oír misa mayor cantada por el obispo de Tarbes y visitar el antiguo castillo de los templarios. El 30 efectuaron una excursión á Gavarnie. El emperador subió con la emperatriz á un pequeño carruaje que guiaba atrevidamente por un camino difícil y á veces hasta peligroso. Veinte guías de la montaña le seguían á caballo. En Gavarnie había un cañón servido por antiguos artilleros cuyos disparos despertaron á lo lejos los ecos de las montañas para anunciar la llegada de los soberanos.

Pero en vano procuraba Napoleón III distraerse de las preocupaciones que le absorbían. Con pocos días de diferencia recibió dos visitas que le perturbaron; la del conde de Arese y la del príncipe de Metternich. El uno abogaba por

la causa italiana, el otro por la de Austria, y no era tarea fácil dejar contentos á los dos; pero el emperador halló modo de no disgustar á uno ni á otro.

El conde de Arese había sido para Napoleón III un compañero de la juventud, un amigo del destierro y un hombre fiel en la desgracia. Este gran señor milanés que no pedía nada para sí mismo, pero sí todo para Italia, había dado á Luis Bonaparte pruebas de adhesión que Napoleón III no olvidaba. Cuando en 1836, después de la intentona de Estrasburgo, el príncipe fué deportado á los Estados Unidos, Arese se encaminó á toda prisa á Liverpool, se embarcó, y sin que lo supiera el príncipe llegó antes que él á América, de suerte que al desembarcar el proscrito lo primero que encontró fué un rostro amigo.

La causa italiana no podía tener mejor defensor que el conde Arese. Ya en el mes de julio había escrito al emperador: «Señor, autorizado y alentado por la benevolencia de V. M., me permito robaros algunos instantes y hablaros con el corazón en la mano como en los días de Arenenberg y de Nueva York. Ante todo, deseo tener noticias tranquilizadoras sobre el estado de vuestra salud después de tantas fatigas de cuerpo y alma, y también sobre el estado de la emperatriz, que ha compartido con el corazón los lances de la campaña.» El conde Arese procuraba demostrar que Italia no sería ingrata. «Crea V. M. en mi franqueza, que tan bien conoce; después del primer momento de asombro, que todo el mundo ha tenido al saberse la noticia de una paz tan inesperada y que truncaba tan bellas esperanzas, ha habido una reacción sobre la realidad de la situación y se ha comprendido todo cuanto habéis hecho, todo cuanto podéis hacer aún en favor de esta desventurada Italia que desde vuestra juventud os cuenta siempre entre sus más sinceros y desinteresados amigos..... Señor, os suplico que toméis en vuestras manos nuestra causa y triunfará. Adquiriréis nueva gloria y nuevos motivos para la admiración y la gratitud de Italia y de la posteridad.»

La emperatriz era también muy amiga del conde Arese, pero á éste le costaba mucho más trabajo convencerla que al emperador. No sabiendo aún que el conde iba á ir á San Salvador, le había escrito el 16 de agosto: «Hago *todo lo que puedo* por ser italiana..... ¿No teméis demostrar á Europa que el oficio de redentor es un oficio de *tontos*? Ha habido un momento en que el emperador ha estado *en contra del sentimiento de su propio país*, y le ha sido preciso reavivar sentimientos de generosidad y de gloria para hacer aceptar á este país, todavía cansado de las duras pruebas por que ha pasado, una lucha que no podría proporcionarle más recompensa que la gratitud y en la que un revés podría herirle cruelmente.»

El conde Arese llegó el 30 de agosto á San Salvador. El principal objeto de su misión era tratar de la respuesta que Víctor Manuel debería dar á los enviados toscanos. El conde procuró probar que las anexiones de la Italia central eran inevitables, y se marchó llevando, si no promesas, por lo menos ciertas esperanzas. Apenas había salido de San Salvador cuando llegaba el príncipe de

Metternich, enviado por el emperador Francisco José, é insistía vivamente por el mantenimiento de los arreglos de Villafranca, añadiendo que toda modificación en contra tendría por consecuencia el aplazamiento indefinido de los generosos propósitos de su señor para con el Véneto.

Napoleón III, bastante embarazado, vacilaba entre las dos vías que podía seguir. El 5 de septiembre escribió al conde Arese: «Querido Arese: Después de vuestra partida he visto al príncipe de Metternich. He quedado muy satisfecho de su conversación, y deseo deciros confidencialmente el resultado para que se lo digáis al rey. Sin embargo, lo repito, es menester que por ahora esto quede en el estado confidencial.»

«Creo que si Toscana llamara al gran duque, se podría reunir Parma y Placencia al Piamonte, poner la duquesa de Parma en el trono de Módena, y obtener para los venecianos una administración italiana, un ejército italiano y una diputación provincial. Por consecuencia de esto, los austriacos estarían relegados al otro lado de los Alpes. Sémejantes ventajas merecen que se las examine; por esto había escrito yo al rey para que fuera muy prudente en su lenguaje al contestar á la comisión toscana. Hoy he visto á la de Módena y le he hablado en el mismo sentido. Creo que al fin y á la postre la paz de Villafranca habrá emancipado á Italia: es mi deseo más ardiente. Escribo un artículo para el *Moniteur* que, según creo, explicará claramente los motivos de mi conducta.»

Este artículo, que salió á luz en el *Moniteur* del 9 de septiembre, es muy curioso. Demuestra que Napoleón III había sido sincero al firmar el tratado de Villafranca y que seguía siendo su objetivo el establecimiento de la Confederación italiana en la cual debía entrar el Véneto. El emperador se expresaba así en dicho artículo, escrito por él: «Si se ejecutara sinceramente el tratado, Austria no sería ya para la península una potencia enemiga y temible que contrariase todas las aspiraciones nacionales desde Parma hasta Roma y desde Florencia hasta Nápoles; al contrario, sería una potencia amiga, puesto que consentiría de buen grado en no ser ya potencia alemana á este lado de los Alpes y en desarrollar por sí misma la nacionalidad italiana hasta las playas del Adriático.»

La nota, después de censurar á los hombres que, «más preocupados de los pequeños sucesos parciales que del porvenir de la patria común,» estorbaban las consecuencias del tratado de Villafranca, añadía: «¿Puede haber nada más sencillo y patriótico que decir al Austria: «¿Deseas la vuelta de los archiduques? Pues bien, sea. Pero entonces cumplirás lealmente tus promesas relativas al Véneto. Que éste reciba una vida propia; que tenga una administración y un ejército italianos; en una palabra, que el emperador de Austria no sea más que el gran duque de Venecia, como el rey de los Países Bajos no es sino gran duque de Luxemburgo. El gobierno francés lo ha declarado: no se reintegrará á los archiduques en sus Estados con el apoyo de una fuerza extranjera, y como no se cumpla una parte de las condiciones de la paz de Villafranca, el emperador de Austria se encontrará desligado de todos los compromisos contraídos en

favor del Véneto. Inquietado por demostraciones hostiles en la orilla derecha del Po, se mantendrá en estado de guerra en la izquierda, y en vez de una política de conciliación y de paz, se verá renacer una política de desconfianza y de odio que acarreará nuevos disturbios y nuevas desgracias.»

Ocupándose en seguida de la cuestión del Congreso, el autor de la nota se expresaba así: «Parece que se espera mucho de un Congreso europeo: lo deseamos con todo nuestro anhelo; pero dudamos mucho que un Congreso obtenga mejores condiciones para Italia. Un Congreso no pedirá sino lo que sea justo, y ¿sería justo pedir á una gran potencia importantes concesiones sin ofrecerle en cambio compensaciones equitativas? El único medio sería la guerra; pero que Italia no se equivoque; solamente una potencia en Europa es capaz de hacer la guerra por una idea; es Francia, y Francia ha cumplido ya su misión.»

El vencedor de Magenta y de Solferino parecía dudar á veces de los resultados de sus victorias. La nota que acabamos de reproducir dejaba presentir las perplejidades y las incertidumbres que le preocupaban durante su residencia en San Salvador. Este documento llevaba impreso en el más alto grado el sello de su estilo y de su carácter, y en él se traslucía cierto sentimiento de tristeza y casi de desaliento.

## LXXI

## BIARRITZ, BURDEOS Y COMPIÈGNE

El emperador y la emperatriz salieron de San Salvador el 12 de septiembre, pernctaron en Tarbes y llegaron el 13 á Biarritz, donde encontraron al príncipe imperial. El 18 recibieron en su quinta al rey de los belgas, al gran duque de Oldenburgo, así como á muchos extranjeros de distinción, rusos y españoles. El 19 hicieron una excursión por mar á bordo del *Aguila*, nuevo yate imperial construído con todos los perfeccionamientos modernos. Desembarcaron á las seis de la tarde en el cabo Bretón, donde la población en masa acudió á dar gracias al monarca por las obras de mejora del puerto que había mandado hacer y que aseguraba su porvenir.

La residencia en Biarritz agradó mucho á SS. MM., que ya habían ido allí en 1857. Pero el cuidado de los asuntos italianos seguía preocupando al emperador. Estaba descontento de los obstáculos que el gobierno piemontés oponía á la ejecución del tratado de Villafranca y veía con despecho que este gobierno parecía resuelto, no tan sólo á anexionarse la Italia central, sino á negar como compensación en esta hipótesis la anexión de Saboya y Niza á Francia. Napoleón III no ocultó al conde Arese la desagradable impresión que le producía semejante estado de cosas, y desde Biarritz le escribió esta carta con fecha 3 de octubre: «Os escribo hoy para comunicaros uno de los muchos informes que recibo de Italia y que demuestran la falta de firmeza del gobierno piemontés. No se regenera un pueblo con flores y luminarias; es menester firmeza y justicia. ¿Cómo explicarse que el gobierno, tan paciente cuando se insulta á Francia y á su jefe, se muestre tan resuelto en Saboya contra la prensa cuando pide la anexión á Francia? Os ruego que habléis seriamente acerca de este asunto al ministerio. Pronto escribiré al rey acerca de las grandes cuestiones que es forzoso dejar ultimadas.»

Al otro día, 4 de octubre, nueva carta, más severa aún: «Querido Arese: Os vuelvo á escribir hoy para comunicaros otra nota que recibo de Milán. Repito que veo con disgusto la incuria del gobierno sardo, porque forzosamente debe ocasionar un enfriamiento entre nosotros, y os lo digo *sin rebozo*, aquí no hay nadie más que yo, *solo yo*, adicto á la causa italiana.

»El gobierno sardo no puede pretextar impotencia con respecto á la prensa, toda vez que en Saboya sabe muy bien suprimir los artículos ó los periódicos